

Ponencia *El goce, el estigma y la condena: el sida en América Latina y la mirada literaria de Severo Sarduy y Mario Bellatin*

1. «La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización, por el contagio.

Reemplazó nuestras plumas por jeringas, y el sol por la gota congelada de la luna en el sidario». **Pedro Lemebel**. *Loco afán. Crónicas del sidario*.

2. «Cuerpos que del acecho del deseo pasan, después, al *rigor mortis*. En enjambre de sábanas deshechas las ruinas truculentas de la fiesta, de lo festivo en devenir funesto: cogotes donde las huellas de los dedos se han demasiado fuertemente impreso, torsos descoyuntados a bastonazos, lamparones azules en la cuenca del ojo, labios partidos a que una toalla hace de glotis, agujeros de balas, barrosas marcas de botas en las nalgas.

[...]

"Homosexual asesinado en Quilmes". De vez en cuando, noticias de la muerte violenta de las locas ganan, con macabro regodeo, pringan de lama o bleque los titulares sensacionalistas, compitiendo en fervor, en columna cercana, con las cifras de las bajas del Sida. Ambas muertes se tiñen, al fin, de una tonalidad común. Lo que las impregna parece ser cierto eco de sacrificio, de ritual expiatorio. La matanza de un puto se beneficiaría, secreto regocijo, de una ironía refranera: "el que roba a un ladrón...". **Néstor Perlongher**, "Matan a una marica", *Fin de siglo 16* (1988).

3. «¿Qué harán con nosotros compañero?

¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos
con destino a un sidario cubano?

Nos meterán en algún tren de ninguna parte

Como en el barco del general Ibáñez

Donde aprendimos a nadar

Pero ninguno llegó a la costa

Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas

Por eso las casas de caramba

Le brindaron una lágrima negra

A los colizas comidos por las jaibas

Ese año que la Comisión de Derechos Humanos
no recuerda

Por eso compañero le pregunto

¿Existe aún el tren siberiano

de la propaganda reaccionaria?

Ese tren que pasa por sus pupilas

Cuando mi voz se pone demasiado dulce

[...]

Usted cree que pienso con el poto
Y que al primer parrillazo de la CNI
Lo iba a soltar todo
No sabe que la hombría
Nunca la aprendí en los cuarteles
Mi hombría me la enseñó la noche
Detrás de un poste
Esa hombría de la que usted se jacta
Se la metieron en el regimiento
Un milico asesino
De esos que aún están en el poder
Mi hombría no la recibí del partido
Porque me rechazaron con risitas
Muchas veces
Mi hombría la aprendí participando
En la dura de esos años
Y se rieron de mi voz amariconada
Gritando: Y va a caer, y va a caer
Y aunque usted grita como hombre
No ha conseguido que se vaya». **Pedro Lemebel**. “Manifiesto (hablo por mi diferencia)”.
Loco afán. Crónicas del sidario.

4. «El mayor encarnizamiento de ese congreso fue contra los homosexuales. Se leyeron acápites donde se consideraba el homosexualismo como un caso patológico y, sobre todo, donde se decidía que todo homosexual que ocupase un cargo en los organismos culturales debía ser separado, inmediatamente, de su centro de trabajo. Comenzó el *parametrage*, es decir cada escritor, cada artista, cada dramaturgo homosexual, recibía un telegrama en el que se le decía que no reunía los parámetros políticos y morales para desempeñar el cargo que ocupaba y, por tanto, era dejado sin empleo o se le ofertaba otro en un campo de trabajos forzados». **Reinaldo Arenas**. *Antes que anochezca*.

5. «La mejor manera de lograr la salida del país era demostrar con algún documento que uno era homosexual. Yo no tenía nada que me sirviera para demostrar aquello, pero tenía mi carné de identidad donde constaba que había estado preso por un escándalo público; ya eso era una buena prueba y me dirigí a la policía.

Al llegar me preguntaron si yo era homosexual y les dije que sí; me preguntaron entonces si era activo o pasivo, y tuve la precaución de decir que era pasivo. A un amigo mío que dijo ser activo le negaron la salida; él no dijo más que la verdad, pero el gobierno cubano no consideraba que los homosexuales activos fueran, en realidad, homosexuales. A mí me hicieron caminar delante de ellos para comprobar si era loca o no; había allí unas mujeres que eran psicólogas. Yo pasé la prueba y el teniente le gritó a otro militar: “A este me lo mandas directo”. Aquello quería decir que no tenía que pasar por ningún otro tipo de investigación política». **Reinaldo Arenas**. *Antes que anochezca*.

6. «Supe [...] lo que sentía. Lo que mi cuerpo descentrado quería decir: el sida es un acoso. Es como si alguien en cualquier momento, con cualquier pretexto, pudiera tocar a la puerta y llevarte para siempre, como si en el aire gravitara un peligro irreconocible que de un instante

al otro pudiera solidificarse, cuajar. ¿Quién será el próximo? ¿Por cuánto tiempo vas a escapar?». **Severo Sarduy**. *El Cristo de la rue Jacob*.

7. «Desechar la ropa.

Frotarse con alcohol las manos.

Lavarse el pelo.

No usar perfumes; baños de agua caliente,
yerbas.

Para expulsar así
de los poros

el olor de la muerte». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

8. «¿Y si este enrevesado relato se desarrollara en un lugar distinto al desinfectado hospital, fuera de esos muros de gaviotas compulsivas sobre las olas? Se ahoga uno en ese mundo de anemia, de fetidez y de encierro, en que cada personaje sigue un declive irreversible hacia su caquexia, hacia su descarnamiento final: la enfermedad atrofia y deseca los músculos, que caen bajo los huesos, como trapos». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

9. «La luz insular, al contrario, clausura: cae a plomo aquí, recorta más allá una superficie precisa, una roca que se erige sola en medio del mar, encierra un doble trazo el aislamiento. Luz doble: sobre el mar, vapor difuso en que la claridad se borra, atravesada por el agua antes de haberla tocado; a veces, al contrario, su brillo es insoportable, de espejo.

Aquí, en las islas, en el corazón de las variaciones oceánicas, no hay lugar para la impresión: todo es neto, implacablemente preciso, subrayado; cada cosa es, ante todo, la isla en sí misma y, de modo perentorio, lo que la isla es.

Aquí la vida es algo preciso: la rodea no se sabe si el vértigo de un misterio o la brutalidad de un imposible». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

10. «Antes disfrutaba de una ilusión persistente: ser uno. Ahora somos dos, inseparables, idénticos: la enfermedad y yo». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

11. «Enfermo es el que repasa su pasado». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

12. «Nos entregaron la vida —¿quiénes?— como un don precioso que nunca pedimos y en cuya entrega —el nacimiento— no tuvimos ni la menor participación.

Llegamos a olvidar la vida, o a considerarla como algo transparente, imperecedero; los sentidos nos distraen de su lento fluir a nuestro lado, de esa corriente en realidad fangosa en que estamos sumidos.

Así hasta que de repente, un día cualquiera, nos damos cuenta de que el don, la gratuidad de que disfrutábamos nos van a ser retirados: lo anuncia la energía que se pierde, la delgadez inevitable, ese color inhabitado que el sol no logra erradicar.

Si nos miramos involuntariamente en un espejo —por ejemplo, al pasar hacia la cúpula de vidrio, en el que esa vieja pizpireta siempre deja la puerta abierta—, lo que vemos nos hiela:

un esperpento apresurado, de pómulos hundidos y cabeza calva, nariz filosa y negruzcos labios. Rodea la figura en un manchón pintarrajeado, frotado con carbón.

¿Qué hacer ante la dádiva que se retira? Lo que nos concedieron sin pedirlo, nos es arrebatado, ahora que lo disfrutábamos, como si lo reclamara, intransigente, su posesor.

¿Qué hacer? ¿Implorar prórrogas? ¿Suplicar mendrugos de vida que tarde o temprano irán a dar al traste, al pudridero? ¿Encarnizarse en la cura o en la busca de otras soluciones ofrecidas por medicinas más o menos míticas?

No. La única respuesta del hombre, la única que puede medirse, por su desenfado, como la voluntad de Dios, es el desprecio: considerar ese don precioso como algo intrascendente, irrisorio, como lo que llega y se va. Sin otra forma de evaluación.

Queda también, de más está decirlo, otra solución. Precipitar la restitución de la vida; escoger el lugar y el modo para devolverla sin el menor agradecimiento, sin el menor teatro». **Severo Sarduy**. *Pájaros de la playa*.

13. «Recuerdo esa imagen. La primera que me llevó a escribir el libro *salón de belleza*. Peces atrapados en un acuario, suspendidos en un espacio artificial que poco tiene que ver con el entorno donde la pecera está colocada. En las noches siguientes despierto presa de ataques de claustrofobia. Paso varias horas seguidas, especialmente las del amanecer, pensando con terror en el riesgo que tiene cualquiera de nosotros de quedar encerrado sin posibilidad de salida». **Mario Bellatin**. *Underwood portátil. Modelo 1915*.

14. «Muchos no sobrevivían a los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban los trataban siempre con desprecio. Muchas veces no querían recibirlos por temor a que estuviesen contagiados. Desde entonces me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía dónde recurrir. Tal vez de esa manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar». **Mario Bellatin**. *Salón de belleza*.

15. «Puede parecer difícil que me crean, pero ya casi no individualizo a los huéspedes. Ha llegado un estado en el que todos son iguales para mí. Al principio los reconocía. Incluso una que otra vez llegué a encariñarme con alguno. Pero ahora no son más que cuerpos en trance hacia la desaparición». **Mario Bellatin**. *Salón de belleza*.

16. «Es extraño comprobar la forma en que mis pensamientos fluyen ahora más rápido. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba guiado por una serie de impulsos. De esa forma conseguí, durante mi juventud, el dinero necesario para instalar el salón de belleza y empecé en las noches a salir vestido de mujer. Pero cuando vino todo ese asunto de la transformación del local, se produjo un cambio. Por ejemplo, siempre reflexiono antes de hacer alguna cosa. Analizo luego las posibles consecuencias. Antes no me hubiera preocupado, por ejemplo, el futuro de este Moridero tras mi desaparición. Hubiera dejado que los huéspedes se las arreglasen como pudieran». **Mario Bellatin**. *Salón de belleza*.

17. «Es demasiado difícil saber cuál será el rumbo que tome mi enfermedad. Puedo tener ciertas intuiciones, aprendidas durante estos años, pero estoy seguro de que mi mal tomará un

camino diferente al habitual. Se hace complicado también el cálculo del tiempo. Lo más lógico es pensar que necesite de alguien a mi lado para que me asista en los momentos finales. Será inútil, por eso, dismantelar este lugar, que tiene todo destinado para la agonía. Incluso la decoración pues, entre otros objetos, la pecera del agua verde es la más adecuada para convertirse en la última imagen de cualquier moribundo. Nada podré hacer para librarme de las Hermanas de la Caridad. Lo más seguro es que tomen las riendas sin que yo me dé cuenta del momento exacto en que esto ocurra. Es posible, además, que mientras yo esté en el último trance, acepten nuevos huéspedes sin consultarme. Estoy seguro de que no harán caso a mis reglas. Serán capaces, incluso, de consentir mujeres en el local. Las escucharé entonces gemir sin descanso. Aquel será un sonido nuevo y desesperante para mí. Todas las intenciones se torcerán. Lo que antes fue un lugar destinado estrictamente para la belleza, ahora se convertirá solamente en un simple lugar dedicado a la muerte. Nadie, a partir de entonces, verá nada de mi trabajo, de mi tiempo desperdiciado. No conocerán de la preocupación que sentía porque todas mis clientas salieran satisfechas del salón. Ninguno sabrá del grado de ternura que me inspiró el muchacho al que lo obligaban a dedicarse al tráfico de drogas. Nadie de la angustia que me causaba oír llegar a los amantes ajenos. Cuando caiga enfermo todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Si pienso con mayor serenidad creo que tal vez yo en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Quizá ese sentimiento me impidió concederme un tiempo para mí mismo. De otra manera, no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida. Aunque es muy probable que sea mi forma de ser la culpable de que no cuente con nadie que me lllore por las noches». **Mario Bellatin**. *Salón de belleza*.

18. «Mi homoerotismo me ha conducido a la heterotopía. Los signos de mi específico deseo me colocan en el lugar -otro-fuera-de-la-ley. Desde ese lugar, mi solidaridad consecuente — que debe ser lavada, como he dicho, de todo resentimiento— me permite comprender muy bien el clamor ancestral de los excluidos, de los no-invitados, de los humillados por la tópica convencional, de los segregados por los que se sienten ubicados a sus anchas en el seno del discurso del Poder.

Y Cristo es, pese a las ideologizaciones y "recuperaciones" culturales que lo castran, el símbolo por excelencia de esa heretopía. Es hermano mayor porque, crucificado por la Ley en los márgenes de la ciudad —entre dos delincuentes, marginados como él—, representa a aquellos "pobres, lisiados, ciegos y cojos" que la tópica no ampara y que, según Lucas, son los últimos —¿y los últimos no serán los primeros?— convidados a la fiesta del deseo reconciliado». **Armando Rojas Guardia**. *El Dios de la intemperie*.